

En torno a los problemas morales de la emigración y sus efectos sociales

Rubén I. GARCÍA GARCÍA

Hoy en día estamos acostumbrados a conocer cotidianamente noticias de nuevos episodios sobre el drama de la inmigración. Por un lado, jóvenes que arriesgan su vida cruzando el mar en barcas, por otro, personas que por engaño o de forma voluntaria acceden a someterse a condiciones de esclavitud o explotación sexual para que ciertas mafias los introduzcan en los países ricos. Historias de familias enteras que cruzan la frontera con lo poco que tienen, sin ningún trabajo ni futuro asegurado en el país de acogida.

En la mente de muchas de estas personas está el deseo de adquirir la nacionalidad del país en el que se instalan: poder alegar que son españoles, franceses o británicos y tener unos documentos que lo acrediten. Sin embargo, muchos de estos inmigrantes y sus ascendientes fueron ciudadanos de pleno derecho de alguno de los países europeos con territorios de ultramar. Parece irónico que estas personas, que tanto abogaron por la independencia y lucharon por ella, ahora prefieran volver a ser ciudadanos de la metrópoli.

En mayo de 2006 tuvo lugar una crisis en Timor Oriental coincidiendo con el cuarto aniversario de la independencia de Portugal. Este pequeño país ocupa la mitad este de la isla de Timor, en el archipiélago indonesio y cuenta con una población de 800.000 habitantes.

Durante estos cuatro años, se ha vivido allí una situación difícil: miseria, violación de los derechos humanos, corrupción,... En España, los medios de comunicación que siguieron la crisis nos mostraron las imágenes de unos timorenses que, portando banderas de Portugal, recorrían las calles de la capital en manifestación defendiendo la reintegración de Timor Oriental en Portugal.

Esta noticia es un ejemplo anecdótico de cómo algunos ciudadanos de un país recientemente independizado expresan públicamente su deseo de volver a la

situación previa a la independencia. Sin embargo cabe preguntarse hasta dónde alcanza este sentimiento en la población de otros países y si la ola de declaraciones de independencia, surgida en todo el mundo durante la segunda mitad del siglo XX, ha sido o no beneficiosa y conveniente para las gentes de estas naciones.

En primer lugar, conviene estudiar el pasado y analizar las razones para la independencia en su contexto histórico.

Tras la Segunda Guerra Mundial y durante medio siglo, adquirieron la independencia más países que en ningún otro momento de la Historia. Durante la Guerra, las potencias europeas reunieron contingentes de tropas formadas por nativos de los territorios coloniales. Con la promesa de que la Metrópoli concedería la independencia si estos territorios contribuían a ganar la guerra, se formaron levadas que lucharon en muchos frentes lejos de su hogar.

Precisamente las potencias que recurrían a estas tropas estaban integradas en el bando de los aliados, quienes declaraban que luchaban contra el despotismo y defendían la democracia y las libertades. Para ser acordes con esta posición, los aliados defendían la autodeterminación de los pueblos, contra la invasión fascista.

El 26 de junio de 1945 se firmó en San Francisco, La Carta de las Naciones Unidas que reconoce el derecho de autodeterminación de los pueblos. Desde entonces la ONU abogó por la independencia de las naciones bajo administración extranjera.

Asimismo, la URSS y Estados Unidos, que se habían posicionado como las dos grandes potencias mundiales tras la contienda, defendían ante la Comunidad Internacional la autodeterminación de las naciones y condenaban el colonialismo tradicional. La debilidad de Europa se hizo patente ante el resto del mundo tras la crisis del Canal de Suez. Las tropas de Gran Bretaña y Francia tuvieron que retirarse de este enclave ante la presión de las dos superpotencias; y aceptar la nacionalización unilateral de este importante símbolo del colonialismo por parte del Egipto gobernado por Nasser.

Por su parte, las naciones candidatas a la independencia creían que obtendrían un futuro mejor, al gestionar ellas mismas sus recursos y distribuir la riqueza generada entre su población.

Por otra parte, las naciones europeas con territorios de ultramar, que en principio podrían perder sus explotaciones económicas, veían que tampoco compensaban estos rendimientos con los enormes gastos en infraestructuras y dotaciones de servicios públicos que estas poblaciones requerirían para garantizarles una vida tan digna y en condiciones de igualdad respecto a la del resto de los ciudadanos nacionales. Una vida digna que sus respectivas leyes y Constituciones otorgaban a todos sus nacionales y que supondría enormes inversiones que se evitarían con la concesión de la independencia a estas poblaciones.

No obstante, al margen de los motivos políticos y económicos, considero más importante reflexionar sobre lo que mueve a la población de estas naciones a la rebelión, es decir, las razones para la independencia vistas desde la mirada del ciudadano de a pie.

En primer lugar, es natural en el hombre aspirar siempre a una vida mejor, la cual no debe ser medida en términos de riqueza económica sino de bienestar. Este anhelo no es arbitrario ni caprichoso, sino que sigue un orden que consiste en la satisfacción de las necesidades del hombre, comenzando por las más básicas y continuando por otras menos urgentes.

Las necesidades humanas son muchas y muy complejas. Para este comentario, voy a escoger unos pocos ejemplos que me permitan argumentar mi razonamiento. El lector reconocerá parte de la pirámide formulada por Maslow en su clasificación de las necesidades humanas. Sin embargo, no podemos ajustarnos completamente a ese esquema ya que no estamos analizando las necesidades de naturaleza personal y motivacional del individuo, sino aquellas que tienen una proyección política y social.

En primer lugar, en situaciones de precariedad absoluta, cualquier persona se preocupa por obtener una fuente de alimentos constante para evitar pasar hambre. Asimismo, son necesidades básicas, un refugio que sirva de vivienda, una vestimenta y un ajuar mínimo que le faciliten las tareas domésticas. Todas estas necesidades pueden ser satisfechas gracias a los ingresos obtenidos con el trabajo. Por ello, obtener un empleo es una de las principales preocupaciones de toda persona, pero sobre todo, de las menos pudientes. No es de extrañar que muchos trabajadores de todo el mundo accedan a que les sean vulnerados otros derechos personales con tal de mantener su puesto de trabajo; ni de que éste sea el principal objetivo de la mayoría de los inmigrantes que abandonan su hogar.

Una vez alcanzado este nivel de bienestar, nuestra preocupación se centra en mejorar o al menos mantener, este nivel de vida en el futuro. Por ello, la población demanda seguridad frente a la delincuencia, protección de la propiedad privada y de las personas de nuestro entorno, medios sanitarios, estabilidad en el empleo y la dotación de servicios públicos.

En tercer lugar, la preocupación por las libertades y la defensa de nuestros derechos fundamentales se torna prioritaria a partir de este momento. Entre estas libertades se encuentra la participación política en democracia y el derecho a la autodeterminación.

De hecho, no es de extrañar que muchos regímenes autoritarios hayan surgido y proliferado en lugares con una economía arruinada y con poblaciones que sufrían carestía. Piénsese por ejemplo, en los regímenes fascistas surgidos en Europa tras la Primera Guerra Mundial y especialmente el gobierno nacional socialista de Hitler, que proliferó a partir de la crisis económica de los años 30 y tras la mayor hiperinflación de la historia.

Muchos de estos regímenes disfrutaron de gran aceptación y legitimidad popular en sus inicios, ya que obtuvieron grandes logros en los dos primeros niveles de bienestar. Sin embargo, una vez alcanzado este horizonte, surge el rechazo social y la rebelión, pues la población exige en este momento participar en la vida pública pudiendo elegir a sus representantes políticos y ser candidatos; así como el respeto de sus derechos civiles. Facultades tan comunes en nuestra sociedad como la libertad de expresión, el derecho de huelga o la tutela judicial efectiva, se encuentran limitadas en los sistemas autoritarios.

En último lugar, una vez satisfechas todas las necesidades antes expuestas, adquiere gran importancia el ocio y la adquisición de artículos de lujo. Según varias opiniones, nuestra sociedad está precisamente caracterizada por un alto nivel de consumismo innecesario y de gasto en ocio.

Si aceptamos este orden de prioridades, cabe concluir que el interés por alcanzar la independencia política —en aquellos casos en que hubo un verdadero interés de las masas sociales por la autodeterminación— supone que estas poblaciones tenían satisfechas en mayor o menor grado las necesidades de los estratos primero y segundo. Es decir, previo a la independencia, la población en general no pasaba hambre, tenía empleo, vivía en pueblos y ciudades seguras y disfrutaba de servicios públicos. Esta situación fue conseguida en los territorios

coloniales por la administración europea durante la primera mitad del siglo xx. Es en este punto de bienestar en el que la preocupación por la política surge, con la firme intención de conseguir una vida mejor.

En este contexto, reivindicar el derecho de autodeterminación de los pueblos se convertía en una esperanza de desarrollo y mayor calidad de vida, ya que se consideraba que la evolución favorable del país continuaría tras la independencia.

Sin embargo, si volvemos la vista a la situación actual de muchos de aquellos países que lograron su independencia en los últimos 60 años y oímos el testimonio de los inmigrantes y refugiados que llegan a nuestras fronteras provenientes de estas naciones; veremos que en muchos casos no sólo no se ha avanzado en su desarrollo, sino que han retrocedido hasta el nivel más bajo de la clasificación. De esta forma, nos encontramos con países como la República Democrática del Congo o Etiopía donde casi la mitad de la población está desnutrida. De hecho, según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, más de 850 millones de personas en el mundo —casi una de cada 7— no dispone de comida suficiente. De estos, más de la mitad corresponden a países independizados en este periodo.

Por ello, hoy encontramos inmigrantes dispuestos a someterse a condiciones de semiesclavitud en los países ricos o de arriesgar su vida en el viaje porque tienen necesidades más urgentes que aplacan el anhelo de libertad. Es importante que los líderes políticos centren sus esfuerzos en resolver estas necesidades en el orden correcto, ya que de otro modo se ganarán el descontento de la población.

Esta teoría de la escala de las necesidades sirve para explicar algunos de los acontecimientos que están ocurriendo en Irak desde la invasión norteamericana. Tras la caída del régimen de Sadam Hussein, los americanos —bien recibidos en ese momento por la población civil— se preocuparon por dotar a ese país de un régimen democrático. La esperanza de la población en el fin de la dictadura pronto se vio mermada debido al quebrantamiento en la satisfacción del esquema de las necesidades. En efecto, poco le preocupa a un irakí el régimen democrático de su nación si tras la destrucción originada por la guerra, no dispone ya de un trabajo ni de medios para mantener a su familia. Primero hay que reconstruir la economía del país, invirtiendo en infraestructuras, propiciando el dinamismo económico mediante la creación de empleo de donde se obtengan

unos ingresos suficientes para la manutención de las familias irakíes. Después podrán centrarse los esfuerzos en dotar a esta gente de un gobierno democrático.

De hecho, durante los meses que siguieron a la invasión de Irak, todas las semanas hemos estado recibiendo noticias de protestas, manifestaciones e incluso atentados que muestran el descontento de la población con la nueva administración patrocinada por Estados Unidos. A esto se une, la creencia de esta gente de que su situación precaria se debe a la mala gestión de su gobierno y del control norteamericano; y que con su retirada, podrán mejorar su nivel de vida.

Por nuestra parte, durante estos últimos 60 años, el nivel de bienestar español ha recorrido todos los niveles de la escala descrita. Tras la Guerra Civil, el nivel de muchas familias españolas era tan precario que apenas tenían satisfechas las necesidades fisiológicas del primer nivel de la clasificación. La política franquista de favorecer el empleo rural, la economía industrial privada y pública y el establecimiento de la paz y la seguridad sacrificando derechos y libertades, responden a la satisfacción de las necesidades del segundo estrato. Una vez satisfechas, la evolución natural de las reivindicaciones de los españoles pasaban por el advenimiento de la democracia y las libertades. Asentado el Estado de Derecho, los españoles comenzaron a demandar más productos relacionados con el ocio y el lujo: coches, productos de electrónica, moda, viajes, etc; hasta el punto de que hoy se considera que el nivel de consumo de nuestra sociedad es similar al de los países europeos de nuestro entorno.

Las consecuencias del proceso descolonizador no han sido desfavorables para todos sus protagonistas. Por su parte, la diplomacia europea logró en muchos casos mantener la presencia de sus empresas multinacionales en las negociaciones por los acuerdos de independencia. De esta forma, gran parte de los beneficios procedentes de la explotación de los recursos naturales siguen siendo repatriados a Europa. Sin embargo también es cierto que estas empresas pagan los impuestos y concesiones correspondientes a los gobiernos titulares de estas explotaciones, sin que su gestión, en muchos casos sirva para beneficiar al resto de la población. De hecho, frecuentemente, la incapacidad económica, tecnológica y de mano de obra cualificada de estos países obliga a que sean empresas extranjeras quienes exploten las materias primas nacionales.

Aunque muchas de las empresas que operan en los países subdesarrollados se preocupan por contratar mano de obra local y pagar un salario acorde al nivel económico nacional, son también conocidos los abusos de otras multinacionales

que explotan a sus trabajadoras durante durísimas jornadas, en condiciones insalubres y a cambio de un jornal ridículo. Si la legislación de estos países es permisiva con estas injusticias; ésta no es razón para que las Leyes de los países de procedencia de estas empresas permita que se cometan estas atrocidades. Una normativa acorde al Estado de Derecho debería exigir que las empresas que controlan filiales en el extranjero, respeten los derechos reconocidos en sus países de origen en materia de derechos humanos, condiciones laborales, respeto del medioambiente, etc. No se trata de penalizar a las filiales que operan en los países subdesarrollados, pues ello supondría una vulneración de la soberanía de estos estados, sino de castigar a las matrices que tienen su sede en los países desarrollados por vulnerar la Ley.

Sin duda, un beneficiado por la cadena de independencias del siglo xx ha sido Estados Unidos, que ha colocado más multinacionales en países de reciente independencia que ningún otro país del mundo, sin que tampoco haya asumido su responsabilidad por los abusos cometidos contra la población local.

Por otra parte, las consecuencias que la Independencia ha supuesto para muchos de estos Estados ya han sido mencionadas: parece que han retrocedido en la escala de necesidades hasta el nivel más básico: pobreza, corrupción de la clase dirigente, emigración, falta de preparación de la población de estos países, guerras, hambre, violación de los derechos humanos y un largo etcétera. Parece irónico que en estos países se celebre como una fiesta el día de la Independencia, que para muchas personas supuso el comienzo de una peor situación.

Tuve la ocasión de hablar de este tema con mi amigo Jean Lemondo, un párroco católico de la ciudad de Cotonou, en Benín. Este pequeño país de 6 millones de habitantes situado entre Togo y Nigeria, alcanzó la independencia el 1 de agosto de 1960. El padre Jean me comentó que con la Administración francesa el país adquirió un gran desarrollo industrial y un buen nivel económico y calidad de vida. Me dijo que por aquel entonces, los mercados rebosaban de mercancías extranjeras que la población se podía permitir comprar, se construyó el ferrocarril, la escolarización llegó al medio rural, y se podía viajar y trabajar en Francia sin ninguna barrera. Entonces, ¿cuál era el motivo para solicitar la independencia? A mi pregunta, Jean me respondió que para que el país siguiera avanzando era necesario que terminara la relación colonial, pues la población veía que el crecimiento de su país se había estancado. Ante este deseo de seguir progresando se formaron partidos políticos con líderes mesiánicos que prometían que una vez independizados, sus habitantes disfrutarían de una vida mucho

mejor. «Hubert Maja —que más tarde sería el primer presidente de Benin— decía a través de los medios de comunicación que los benineses íbamos a ser mucho más ricos porque les iba a quitar sus propiedades a los blancos para dárnoslas a nosotros». Pero la realidad no fue tan favorable; el Estado rápidamente se arruinó, y tuvo que prescindir de muchos servicios públicos; “las escuelas que habían construido los franceses se quedaron vacías porque no había dinero para pagar a los maestros”. La corrupción de la clase dirigente desembocó en varias rebeliones y cambios de gobierno hasta 1990, año en que se instauró una verdadera democracia que perdura hasta hoy. Asimismo, el valor de la moneda cayó y se encarecieron las mercancías extranjeras y autóctonas. «Cuando estaban los blancos, nos gustaba comernos de vez en cuando un bombón; ¡y ahora ese bombón está a precio de oro!» —me comentó Jean antes de soltar una carcajada.

«Por ello algunas personas reclamaban que regresaran los blancos»— y quizás lo hayan hecho, porque la presencia de empresas extranjeras radicadas en el sur forman el principal eje industrial y económico del país. Ante la imposibilidad de recaudar fondos suficientes de sus propios nacionales y crear empleo, la política de Benin durante los últimos años ha sido atraer la inversión extranjera. Para ello, el gobierno ha dotado al país de estabilidad política y de mayor seguridad frente a la delincuencia y a favor de la propiedad privada, para garantizar la conservación de las inversiones a largo plazo.

Con todo, el padre Jean en ningún momento consideró que la Independencia de Benin hubiera sido un error. El deseo de gobernarse por sí solos y no depender de las decisiones de Francia era muy intenso en aquellos años y también hoy. «Sin embargo la Independencia no siempre significa libertad»; y de hecho, tanto en Benin como en otros países, el fin de las relaciones coloniales supuso un paso atrás en su desarrollo del cual muchas naciones aún no se han recuperado.

Las razones de esta situación sobrevenida pueden simplificarse en un solo problema: la falta de preparación de la clase dirigente de estas nuevas naciones. En la generalidad de los casos, la intención de los líderes pro-independencia era la de contribuir al desarrollo de sus países y el bienestar de sus pueblos. Sin embargo, la falta de conocimientos para gobernar y el dinero fácil trajeron la corrupción y la ineficacia de su gestión. El rápido proceso de independencia negociado por las partes y la precipitada retirada de la administración colonial fueron la nota predominante en los acuerdos. En su lugar, creo que hubiera sido más prudente pactar un periodo de transición durante el cual las autoridades colonia-

les compartieran el gobierno con los nuevos líderes independentistas, con la intención de tutelar su preparación para que el país pudiera funcionar con eficacia tras la retirada de la metrópoli.

Por otra parte, la situación de otros territorios que permanecen en nuestros días bajo «el yugo» de la metrópoli parece más favorable que la de muchos de los países que se independizaron. Piénsese por ejemplo en la Guayana francesa, Puerto Rico o en los archipiélagos del Caribe y del Pacífico que pertenecen a Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. En estos lugares, el deseo de independencia se reduce a la expresión de algunas minorías políticas. La fórmula adoptada es la de pertenencia a la nación en igualdad de derechos sociales y políticos; lo que se traduce en una importantísima labor de autogobierno local, delegando las competencias de alcance nacional e internacional al gobierno central.

Su nivel de bienestar es similar o incluso superior al de la media del país al que pertenecen, debido no sólo al buen nivel económico, sino también a la riqueza natural de sus paisajes y a la sociabilidad de sus gentes.

Asimismo, frente a los movimientos independentistas se encuentran las organizaciones internacionales que tienden a integrar las políticas de los países miembros. La fórmula más frecuente es la de estructuras de integración económica y comercial como las organizaciones de mercado común.

La Unión Europea representa el modelo más desarrollado de organización supranacional de integración política y económica. En las sociedades de sus 25 países miembros la cesión del ejercicio de ciertas competencias a organismos europeos no ha tenido una acogida desfavorable, sino todo lo contrario. Quizás en la evolución del desarrollo de los países, el paso siguiente a la autodeterminación sea la integración en comunidades supranacionales, que con el esfuerzo común de sus miembros, consigan dotar a la propia nación de mayor nivel de bienestar. De hecho en España, las inversiones procedentes de la Unión y la apertura de las fronteras para personas, mercancías y capitales con nuestros vecinos europeos ha sido un factor muy importante en nuestro desarrollo de los últimos años; hasta el punto de que ya se considera que nuestro nivel económico supera la media de los países de nuestro entorno.

Esta experiencia apoya la idea de que la ayuda más eficaz con los necesitados es aquella que logra beneficiar tanto a los que la reciben como a los que la prestan. Como en su día ocurriera en España, la inversión privada en los países

en desarrollo genera riqueza tanto en el país de destino de los fondos, como a los inversores que emplearon sus recursos. Además, la generación de los rendimientos anima a mantener e incrementar la inversión en estos países y a que otras personas decidan hacer lo mismo, atraídos por la rentabilidad que reciben y por la ayuda al desarrollo que prestan.

El colonialismo tradicional prácticamente ha desaparecido. La globalización es la nueva fórmula de relación entre las diferentes zonas del planeta. La colaboración entre los habitantes del globo es fundamental para reducir las desigualdades y tender a incrementar los niveles de bienestar de toda población. Desde el ahorrador español que mete su dinero en un fondo de inversión de países emergentes, hasta las administraciones que deciden integrar un país en una organización de mercado común; todas las personas que se encuentran en una posición más privilegiada tienen la oportunidad de colaborar en función de sus posibilidades. Sin duda, la mayor retribución que obtendrán de su apoyo, será la satisfacción de ver cómo mejora el nivel de vida de sus semejantes, sin necesidad de tener que abandonar su país de origen.